# Elevémonos

Las ventajas de una organización consisten especialmente en que sea simple, lo más libre posible de todas las instituciones superfluas; tan sencilla que pueda ser abarcada en una mirada por todos sus componentes. Guardémonos de instaurar un aparato administrativo muy complicado que en apariencia debe sostener el espíritu federalista en el movimiento, pero en realidad lo destruye. Y ante todo abandonemos la creencia de que hay una determinada forma de organización que preserva a los hombres de cometer faltas. Toda forma de organización, y puede ser la más perfecta, entraña defectos.

El equivocarse es de humanos. Por tanto, donde se cree impedir los defectos gracias a determinadas medidas técnicas se pasa por alto una cosa: la conformación espiritual del hombre, que no es siempre la misma y que se transforma constantemente. Esto no debe nunca ignorarse en las cosas de la organización, si no se quiere perder uno en la peor y la más peligrosa desviación. No siempre las insuficiencias con que tiene que contar un movimiento yacen en la forma externa de su organización, sino frecuentemente con la misma naturaleza humana.

Aquí llegamos a un punto extremadamente importante. Si examinamos las distintas tendencias de un movimiento debemos partir de la siguiente premisa: mientras exista un movimiento existirán siempre en el movimiento entero diversas corrientes que no siempre corresponden a una concepción distinta, sino que hallan su origen en la diversidad de temperamentos y de energía en los compañeros.

Esto es verdad. Todos nosotros somos hombres y nada hay absoluto entre nosotros. Los mejores de los nuestros pueden equivocarse y, por consiguiente, toda buena opinión dictada por una buena voluntad y por un propósito honesto, debe ser examinada y no dirigida incondicionalmente contra las otras. Tengo hasta la herética convicción de que no hay ninguna verdad absoluta, sino que todo lo que un momento reconocemos como verdad, resulta de la posición de nuestro conocimiento. Lo que hoy es verdad, mañana será quizás superado, pues en nuestro conocimiento se desarrollan otras perspectivas. Rechazamos, por tanto, todos los errores, y formulamos un nuevo punto de vista sin querer que esa nueva perspectiva sobre los fenómenos de la vida sea una conclusión definitiva y que entonces esté todo liquidado. No, está en la esencia de nuestra evolución espiritual que exista en los seres humanos una aspiración infinita hacia el progreso. Pero de ahí resulta también al mismo tiempo que el punto de partida de nuestras ideas y las perspectivas de nuestro conocimiento no puedan ser iguales en todos los hombres, y quizás sea esta desigualdad de la interpretación el impulso propio de todo progreso espiritual.

Pero si es así, debemos comprender que toda opinión especial sólo tiene un valor circunstancial, o mejor dicho, relativo, y esta convicción debe llevarnos al ejercicio de la tolerancia frente a los otros, y a no reducir todas las oposiciones a malevolencias o a prevenciones personales. La tolerancia debe ser el fundamento de todo gran movimiento social inspirado por el principio de Libertad, pues sólo en tanto que revelamos el necesario respeto frente a las opiniones de otro prestamos verdadera fuerza y valor a nuestros conceptos.

JUAN JOSE

# El ido

Otra vez el fantasma de la guerra amenaza a la humanidad con diezmarla. Es la única solución que encuentra el capitalismo para darle un corte al problema del paro forzoso: la guerra.

La guerra, provocada por el imperialismo y la avaricia de las potencias fuertes, que desean absorberse a las pequeñas naciones.

De la misma manera que el mundo burgués consiente que las grandes industrias inutilicen a los pequeños industriales, a los pequeños fabricantes, a todos los que trabajan sin crédito ni capital, se consiente que las grandes potencias o que los estados muy osados atenten contra las pequeñas naciones o aquellas que consideran débiles aunque posean grandes territorios.

Las naciones potentes, las ambiciosas, las que quieren engrandecerse, necesitan territorios nuevos para colocar sus mercancías, sus hombres y sus nuevas industrias. Ese es el origen de la guerra.

Los pacifistas no quieren reconocer que son los gobernantes, los políticos lacayos del capitalismo, los que promueven las guerras. Pedir la paz en la podrida sociedad capitalista, es sencillamente estúpido.

Ser pacifista y ser patriota, es sustentar un contrasentido. Para ser pacifista se ha de ser internacional. Se ha de destruir el nacionalismo y los Estados que lo fomentan.

Los anarquistas examinamos nuestros esfuerzos a suprimir, a combatir todo Estado, y por eso somos los únicos pacifistas verdaderos.

Por eso suprimimos las fronteras. Queremos la patria única: el Mundo. Todo el planeta de polo a polo, de Este a Oeste, que sea la ciudad de la Armonía.

Suprimimos las lenguas. Propagamos el *Ido* como la lengua universal, por su facilidad, por su armonía, por la internacionalidad de sus raíces, por su tecnicismo científico, y por hallarse abierto siempre a toda reforma, como lenguaje moderno y progresivo.

¡Ah! Si todos los pueblos de la tierra hablasen el *Ido*, ¡cómo destruiríamos las mentiras que sus lacayos esparcen para dividirnos!

Si los chinos y los japoneses hablasen o conociesen todos el *Ido*, no irían a tirar unos contra otros.

Por medio del *Ido*, destruiremos en todo el mundo los venenos religiosos, políticos y patrióticos y daremos a nuestros hermanos, los explotados de todo el planeta, las normas y tácticas para organizarse y dar una formidable batalla al capitalismo y vencerlo.

Esa será la obra positiva del *Ido*.

FRANCISCO FERRER

# Por qué soy revolucionario

Siendo pequeño, veía que en casa había sufrimiento, que por una peseta más o menos, disputaban, y yo, de vez en cuando, tenía hambre, y se me contestaba: ¡Espera! Íbamos a pasear, y al ver escaparates llenos de buenos manjares, prorrumpía: ¡Aquí, padre, aquí hay comida!... El contestaba: ¡Es para los ricos!—Yo empezaba a comprender...

Que hay pobres y ricos. Yo soy nacido de una raza de pobres. Los ricos viven bien y los pobres viven mal. Así lo comprendía.

A los 10 años, enganché a trabajar en una fábrica. Comprendí que los trabajadores eran esclavos, y el amo era el *Señor*. Vi cómo los trabajadores estaban descontentos de su suerte, que maldecían, que se reunían alrededor de uno que leía TIERRA Y LIBERTAD, y exclamaban de corazón: «Es un periódico valiente... que defiende el comunismo y ataca con heroísmo a los curas, a los amos, a los militares, etc». Se declararon en huelga, y la guardia civil prendía, perseguía como a fieras a los trabajadores y hasta disparaba contra ellos los fusiles. Yo me esforzaba para comprender. No comprendía bastante, y me preguntaba: ¿Pero es posible que los trabajadores sean tratados tan barbaramente? Aquello me daba arrebatos, eran los efectos de la realidad y mi bondad innata, que chocaban. Empezaba a sentirme rebelde, y maldecía. Tiraba piedras a los guardias y alentaba a los obreros a que los matasen.

Más grandecito, cogí afición a estudiar. Quería saber el porqué de ser castigados los pobres y son tratados como caballerías. Por qué ley los «señoritos» mandan y la guardia civil arremete con furia y mata a los obreros.

También comprendía que necesitaba correr, que era necesario para el desarrollo físico. Me gustaba el mar. Me gustaba la montaña. En cuadrilla, íbamos a coger fruta, y cuando el «payés» nos molestaba le respondíamos a pedradas. ¿Por qué ley fatal se nos había de privar de comer fruta? Yo no podía soportar que el fruto creado por la naturaleza tenga que ser acaparado por algunos hombres. Ya me sentía rebelde.

A los 18 años, la familia era para mí toda miseria, disciplina y privación. No pude soportarlo y me liberé de ella. Quería vivir mi vida. Fuí a parar a la gran urbe. Después de mendigar trabajo hasta la maldición, enganché a trabajar de peón. Huelgas, más huelgas, luchas, batallas, tantas injusticias vi, que acabé por convencerme de la valentía de los que luchan por emanciparse la raza pobre de esta nefasta esclavitud y miseria a que está sometida. Reniegué de Dios, de la resignación y de tanta obediencia al *capataz*. Me disgustaba con ellos cuando me maltrataban o maltrataban a los de mi alrededor. Me ensucié con el respeto a los curas y rompí con la enseñanza oficial. Comprendí su falsedad. Me sentí hermanado con los libros de la Escuela Moderna. En mi cerebro se operó una revolución.

Un día de primavera no podía soportar ya más tanta esclavitud. No veía con buenos ojos estas huelgas pacíficas, donde los obreros esperan el «maná» de las «bondades» de los poderosos, y me fuí lejos... hacia las altas montañas, en pos de la libertad, de la naturaleza y del sol puro. Preferí estar solo en la libertad, que estar mal acompañado en la ciudad.

¡Por fin libre! Andando gozoso, a través de las montañas, encontré un molino y en él, la inspiración artística, pues sentía veneración hacia el arte de la pintura. Aquel ambiente era de libertad. ¡Era feliz! porque, además, encontré lo que tantos años soñé: amar. ¡El amor!... Y dulcemente caí preso de su dulce esclavitud. Veneraba a aquella molinerita de ojos profundos y misteriosos. ¡Era todo un encanto! ¡Toda una belleza!

Pero, a medida que fuí explorando el país, pronto me di cuenta de que en el barranco, había una ermita, y en lo más alto una gran cruz. Me di cuenta de cómo la religión lo esclaviza todo. Además, allí también hacía falta dinero. Estando con la familia de los molineros lo había acabado. Indudablemente, la sociedad no dejó un metro para poder vivir libremente a los que la libertad veneran. También había guardas que vigilaban por aquellas barrancadas, y acabé por no poder ser feliz. Fué cuando comprendí que nadie puede serlo individualmente, sin destruir la civilización burguesa. Que urge acabar con los explotadores del hombre. Con toda su leyenda y con su tradición. Que precisa la humanidad una gran revolución social, que destruya las tiranías, tal como los grandes genios de Prudhom, Reclus, Kropotkin, Malatesta, Bakounin, etc., han elaborado.

También he andado errante, he visto países, y en todas partes, el espectro del hambre, la injusticia y el malestar. He visto miles de matrimonios, y puedo afirmar que ni uno vive siquiera halagüeño. Tuberculosis, muchos hospitales, muchas cárceles, asilos y manicomios, todo lleno. Tantas monstruosidades tienen la virtud de hacer comprender que este sistema de humanidad es funesto y que toca a los hombres que así llegan a comprenderlo, el destruirlo y crear otra más fraternal.

He comprendido que no es lógico que haya una raza de hombres que sean explotados como viles caballerías. Que, con ayuda de la ciencia se puede muy bien suprimir tanto dolor y muy bien se puede estabilizar una norma de vida a todo ser humano, si no feliz en absoluto, sí más racional y más libertaria.

Por eso soy rebelde, revolucionario, en lucha abierta contra esta brutal civilización y sus ejércitos reaccionarios.

Hay que conquistar, por todos los medios, la emancipación de la raza pobre y acabar con las descalabradas especulaciones de la raza rica.

¡Pobres y ricos, no! ¡Guerra y revolución social! Hermanos en fraternidad, sin guardias ni prisiones, sí.

¡Hacer de la humanidad una raza feliz! Ese es mi ideal, como buen revolucionario. He aquí el móvil que me empuja a vivir. ¡Hurra el Comunismo Libertario!

José PANICELLO

**SOLIDARIDAD OBRERA**

**es el diario de los trabajadores**

# El sufrimiento del creador

Entre los múltiples sufrimientos que esta sociedad ocasiona, está el de los hombres que tienen en la mente ideas que expresar, obras que realizar, formas que crear, y deben consumir en sí mismos la tragedia de verlas morir, agostadas con su esperanza a lo largo de los años, porque sus anhelos no hallan ecos propicios.

Este sufrimiento es, en parte, conocido. Se ha hablado de él al relatar la biografía de muchos inventores y artistas que han luchado duramente contra la miseria durante una gran parte de su existencia, y han logrado vencerla gracias a circunstancias fortuitas. Lo malo es que este sufrimiento, lo mismo que los de otras categorías, sociales o psicológicas, este sufrimiento no es suficientemente comprendido, porque no le es posible al humano experimentar con la misma intensidad que el sujeto-tipo, lo que las facultades peculiares de éste le hacen sentir.

Hay, además, muchos otros sufrimientos, quizá más dignos de atención. Es difícil ser centro receptor de cuantos torturan al hombre, en su incorpórea presencia, en su tenacidad incansable, lo comprendo. Pero esto ni consuela ni cura.

El sufrimiento del creador es casi siempre un episodio que condimenta una biografía; un detalle conmovedor que unos saborean en su sádica necesidad, ávida de males; que hace sentir a otros una ligera compasión transitoria, sin llevar a generalizaciones reveladoras de un problema social.

Es, sin embargo, algo merecedor del interés. Queda por hacer la obra en que un hombre cuente cuanto ha sufrido para llegar a una cumbre ambicionada, o para no llegar, a pesar de sus esfuerzos.

Producir, escribir, por ejemplo, es para muchos imperiosa necesidad, empuje irrefrenable del mecanismo mental. Pero viene aparejada la necesidad de dar a conocer la propia producción. Ningún creador trabaja solamente por el placer de contemplar o de releer su obra; sea zapatero, novelista o escultor, el juicio favorable de los demás entra como uno de los elementos fundamentales que le mueven a producir.

Y hoy, como ayer, sentir en sí la necesidad de crear, tener fuerzas creadoras es un tragedia para quien no ha nacido rico. Se nos citan un gran número de hombres de origen miserable que han escalado las cumbres del saber o del arte. Yo los he tenido siempre por modelos cuando era un muchacho, y creo que es bueno se les tenga siempre por tal, para dar a su vida un sentido de superación. Sé que Gorki y Proudhon, Edison y Shakespeare, Beethowen y Rousseau fueron pobrísimos, cuando no conocieron el hambre. Pero me pregunto cuántos han podido llegar a la meta, de los que estaban intelectualmente dotados para ello, cuántos fracasaron y quedaron en camino por cada uno que llegó.

Los que han alabado el padecer como elemento fecundante del talento y del genio no se hacen nunca tales preguntas. Sosteniendo que «el dolor es el gran maestro», parecen aplaudir que el escritor, el poeta, el escultor, el inventor pasen hambre. Es una fácil manera de calmar la conciencia si se la tiene, y de defender el mal ambiente. ¿Pero, a cuántos hombres no mata el dolor?, ¿a cuántos no aniquila la desilusión?

No me importa el juicio que se puede formar sobre su voluntad o su cobardía. Ser valiente o lesonero verbalmente es por cierto cómodo, especialmente cuando se carece de la sensibilidad intelectual, moral, estética, emotiva de quien se juzga. Dostoievsky decía siempre que no había empezado su obra. Murió llorando de no haber podido producir la obra inconmesurable que su cerebro había imaginado.

¡Id a producir cuando os muerde la miseria al mismo tiempo que la inspiración, el frío con el dictado del pensamiento, el hambre y la enfermedad de los vuestros con lo que la imaginación crea! Los bohemios que cantan la gloria de la miseria son los que nada tenían en la cabeza ni en el corazón. Los talentos, los genios lloran en ella lágrimas de fuego. Las épocas en que la Humanidad ha producido obras de arte son las épocas en que había logrado primeramente una normalidad económica, una despreocupación relativa de los problemas inmediatos. Las necesidades materiales dominan siempre, rábiese o no, sobre las espirituales. Las catedrales góticas, con la angustia de sus piedras implorantes hacia el cielo, los castillos del Renacimiento, no habrían sido levantados sin una normalidad acorde con la época. Para producir bien hace falta tranquilidad, aunque sea la de la cárcel o del convento. Hace falta hasta para leer con provecho.

Hay otro sufrimiento, no menos importante. Me refiero a la imposibilidad de llegar al público, de publicar sus obras, de dar a conocer su invento. Este es tan duro como aquél. Y es tal vez más torturante, porque se experimenta generalmente al llegar a la madurez, cuando el torrente de juventud y optimismo no es tan impetuoso, cuando no se tiene tanto como antes, a su favor el factor tiempo, cuando se siente, imperiosa, la necesidad de hacer algo, de dejar en obras sólidas, estela de su paso en la vida. Se tiene más prisa porque los años se van, y se comprende, se siente hondamente la necesidad de aprovecharlos.

Tener algo en la cabeza, tener obras realizadas tener otras en camino que se abandona por perder toda esperanza de darlas a conocer; tener otras, sólidas en proyecto, tanto más sólidas cuanto la experiencia intensa y la mayor cultura han permitido meditar más, planear mejor, y verse obligado a vivir como una bestia porque se carece de medios, porque no se encuentra editor—el editor rey, emperador, dueño de tantas cosas interesantes de este mundo—, es algo que consume de cólera, de dolor, de exasperación y desesperación, y al hacer sentir tanto el vacío de su existencia, da ganas de eliminarse.

¡Y tenemos que ver, continuamente, aparecer libros, representar obras—llamémoslas tales—, que son la negación de toda decencia del arte y del pensamiento, tenemos que ver a cualquier imbécil hacer vender su producción en las librerías porque tiene dinero, o llegar a la escena por recomendaciones, o porque ha tenido el triste valor de correr años y años, con su obra bajo el brazo, en los cafés y en los prostíbulos, de trás de los señores directores de teatro, crelinos adinerados o vulgares negociantes, árbitros del talento y del genio!

¡Ah!, el sufrimiento del creador, su peor sufrimiento, no es ciertamente el del esfuerzo de la concepción y de la realización. Quien sufre entonces es un falso artista. Crear es una alegría. El sufrimiento es no poder producir cuando la obra os obsesiona, y no poder afirmarse en la sociedad. Es concebir cosas hermosas y grandes que se pierden en vuestro pensamiento, que se desgastan en vuestra memoria porque el desaliento del fracaso material os retiene, porque no teniendo esperanza, la iluminación termina en una mueca de amargura.

Pienso en lo que pierde la Humanidad, en los millares y millares de creadores desparramados por el mundo que viven la espantosa tragedia de asistir a su propia degeneración, al derrumbamiento de sus sueños y de sus fuerzas después de haber medido todo el valor de la vida y de la producción del espíritu. Y después de la primera siento otra gran tristeza, la de no poder hacer más, mucho más, para el hundimiento definitivo de este mundo.

GASTÓN LEVAL

# Los GG. AA. y la transformación social

La formación de los grupos anarquistas, tanto en los pueblos de relativa importancia como en los de mucha, cumplen un medio y una finalidad altamente saludable para las ideas de transformación social. Un hombre de por sí, desde luego, puede acometer una obra y luchar denodadamente por ella. No obstante, nunca podrá obtener los resultados que, indudablemente, reportaría la misma obra si estuviese secundada por unos cuantos, compenetrados al mismo tiempo de su misión y finalidad para darle valor social a sus actuaciones. Así, pues, el grupo ha de formarse por individuos que tengan el máximum de afinidad posible, tanto en lo ideal como en las tácticas a seguir e igualmente en los temperamentos.

En cuanto haya un espíritu apático, contrariotorio, autoritario o que diga una cosa ahora y al momento la practique contrariamente a lo que anteriormente dijo, éstos no pueden nunca pertenecer a los grupos que, en todo momento, han de representar una solvencia moral, tanto exterior como interiormente, para irse alrayendo a todos los que tengan sentimientos no corrompidos y un amplio espíritu liberal, con su ejemplo de luchadores desinteresados y de sus acciones nobles y justicieras en favor de los que sufren.

Y sus anhelos, sus aspiraciones, su ideario han de manifestarlo en público y en privado.

Como obreros que somos hemos de pertenecer a nuestros Sindicatos que son el medio para defendernos de las mezquindades del salario o de los atropellos que comete la burguesía y el Estado con nosotros, pero no por esto hemos de abandonar el grupo o concederle poca importancia. Nada de esto.

El grupo, en la organización es donde ha de desplegar su máxima actividad ideológica, debiendo sus componentes sobresalir de los demás en su conducta siempre tolerante, siempre recta, amoldando sus actos desinteresados.

Acoger con palabra persuasiva y cariñosa a todos los jóvenes simpatizantes, debiendo ser norma entre los componentes del grupo hacer mucha propaganda para ver cuál puede hacer más prosélitos y más suscritores a libros, revistas, periódicos, etcétera.

Los vicios igualmente han de ser desterrados no ya de palabra, sino de hecho, para poderlos combatir en toda su verdadera desnudez y poder obtener opimos resultados. Uno que fumase, ¿cómo podría atacar los desastrosos efectos del tabaco para el bolsillo y el organismo humano? Y si frecuenta la iglesia, ¿cómo podría combatirla? ¿Y el que va a las casas de latrocinio? ¿Y a infinidad de hechos aún más repugnantes, no menos objeto de crítica y anatematización? De ninguna manera podríanse combatir con éxito.

—Y usted, que censura esto, ¿por qué lo hace?

Por esto hemos de ser nosotros en educarnos y regenerarnos por todos conceptos los primeros.

Después, nuestras palabras tendrán un doble valor moral y social a los ojos de los demás.

No es que vayamos a creer que al ser un poco distintos de los demás hemos ya alcanzado la perfectibilidad completa; una ingenuidad sería el querer serlo, y hoy mucho menos, que impidiendo infinitas causas el que podamos hacer la mayoría de las veces las cosas como quisiéramos, pero esto no es óbice para que al obrar en contra de nuestro sentir sea reconocida nuestra inculpabilidad, nuestra más acerba protesta. Por ejemplo: ¿no vamos a la cárcel? Sin embargo la mayoría sabe que a este hecho se opone nuestra sensibilidad y que somos llevados por nuestras ideas que están en oposición con la contextura de la sociedad actual que detenta y usufructúa, aristocrática y privilegiadamente, la superproducción de las clases proletarias hambrientas, tiranizadas e incultas. Esto no desprestigia al Ideal, sino todo lo contrario, lo enaltece, lo dignifica. ¿Por qué? Porque saben hoy ya las masas que no es consecuencia el ir a la cárcel de un mal proceder, sino todo lo contrario. Por esto, todas las ideas han sido muy perseguidas. Al principio tienen todas las iras populares, mas luego al través del tiempo y de sus mártires alcanzan toda su plenitud y preponderancia, cuando ya la evolución de los hombres que están al frente de la supremacía del pensamiento, de la vanguardia del progreso y de las libertades humanas tienen otra nueva teoría tan practicable como la que antaño injuriasen y hoy puesta en práctica; sin embargo, la nueva teoría es acogida por unos con recelo, por otros con un gesto de acometividad, por los más con esa indiferencia de los que sólo se mueven como Sancho a impulsos de su insatisfecho materialismo y no se sienten jamás atraídos por lo excelso, lo sublime, lo heroico de lo idealidad, de las elucubraciones del pensamiento que nos humanizan y ennoblecen nuestros sentimientos.

El mundo continúa su marcha incesante. Todas las teorías terminan por aceptarse íntegramente tras de haber dejado un historial de luchas, de martirios, de víctimas. Y así, ininterrumpidamente casi, van formándose cada día una nueva mentalidad en el género humano.

Por esto los grupos anarquistas, que son hoy el paso más gigante hacia el mañana, habrán de tener por descontado que han de luchar con una fuerte oposición, tanto de todos los gobernantes, clericales y aristócratas, como de aquellos que aspiran a burocratizarse con el sudor y el esfuerzo del proletariado organizado.

Pero esto, en modo alguno ha de hacer desfallecer, paralizar ni retrotraer a los grupos ni dejar su influencia en las organizaciones obreras, a las cuales deben preservar de tantos enemigos como tienen, y han de hacer prevalecer su criterio autónomo no con desplantes dictatoriales, sino con lógica y razones, mostrándole al enemigo que se esconde tras la palabra de compañero y de un «ismo», sea el que sea, cuando no practiquen lo que teoricen sus propagandistas o las organizaciones que haya creadas con ese carácter.

Así, con vehemencia, con sinceridad, con espíritu heroico, exentos de pusilanimidad, con rectitud en todo y a todo, combatiendo con energías inusitadas es como puede hacerse y forjarse las nuevas mentalidades y espíritus fuertes que sembrarán las ideas en lo porvenir.

Este es un campo de lucha verdaderamente extenso, donde pueden irse corrigiendo nuestros defectos e ir armonizando las ideas y los sentimientos de todos los que aspiran a la transformación social.

MIGUEL P. CORDON

# Administración

Narbona: Morata, 30 Almanaques 3 A. y 9 paquetes; Perpignan: M., 12 folletos 32 A. y 22'05 paquetes; Francia Vallavels: M., 4 Subscripción; Beciera: A., 28 por folletos; Siliges: V., 5; Binefar: Riu: 21'50 A.; Tamarite: R., 5'50; Calatayud: G. 15; Carlet: Caballero, 22 A.; Utiel: J., 4, de dos subscripciones; Montellano: B., 6; Archidona: A., 5'50; Málaga: P., 11; Bilbao: G., 10'50; Almades: T. D., 8'60 F. 21'40 paquetes, estás al corriente; Ocense Carril 15 F. y 10 paquetes; La Gudiña: C., 20; Villena Camarasa, 25; Linares: D. M., 7'50; Palafrugell, 30 que entregamos a su destino; V. del Arzobispo: M., 9; Alcañiz: A. Esteban, 11 por coducto de S. Obrera de Barcelona; Gerona: M., 7'50, F. 12'10 A., y 15 paquetes; Ripoll: G. C., 12'20 F. 12 A. y 0'80 presos; Nueva Cartuja: E., 8'25; N. de la Mata: L. 2'75 F. y 5'00 paquetes; Briones: V., 18 F.; Palma del Condado: R. 2; Sevilla: S. U. R. Constitución, 5'50; Mieres: V., 14, F.; Elda: T., 15 A.; Denia: C., 14 F. y 9 paquetes; Gironella: M., 16'50 A.; Moncada: G., 9'90; Alcira: Blanco, 9, F.; Valencia: Pérez, 22, A.; idem: S. M., 4 por subscripción; Alcañiz: Ayora, 24,20; Jaca Trallero, 6'50; J. de los Caballeros, 2'75 F; Enguera, Ases, 6'60 A y 13'40 paquetes pagado hasta el n.º 40; Villanueva y Geltrú: J. Sevilla, 22 A; Azuara (Barcelona) 41'25 F; idem Morata 15 F; Santa Cruz 11'30 A; Montemayor: G., 12; Benisján: N., 5'70; Fernán-Núñez: R., 60; Peal de B. P., 11; La Graña: Lledó, 20'10 para almanaques, y 9'90 paquetes; Aznalcollar: G., 17'50; Estepona: W., 6'60 A. y 5 F.; La Felguera: F.; G., 11'80; Dos Hermanas: V., 6'80 A.; Viso del Alcor: B., 6'65; Lora del Río: I., 2'75; Ubeda: J., 10'45 A.; Bilbao: B., 22; La Línea de la Cruz, 26'75; Rubí: A., 19 A. y 37 paquetes; Valencia: P., 13'20 A.; Ubeda: S., 16'50; Castro del Río: R., 22 A.; Baena: P., 7'50 F. y 24'20 paquetes; Sevilla: S. R. de Construcción, 14'30 F.; Ceuta: para presos sociales, 72'35; S. Barrameda: M., 41'25; Benicarló: S. U., 12'85; S. Sebastián: R., 6'50; Huelva: A., 62'45 F. y 55 paquetes; Rentería: G., 9; El Saucejo: G., 2; Gijón: M., 14 F. y 21 paquetes; El Bosque, 2'40 pesetas F.; Murcia: Gil,, 21 pesetas F. y 4 paquetes; Almudévar: F., 13'20 A. y 8'80 p.; Binéfar: G., 18'70 A.; A. de Cincabal: Franco, 16; Torrente Bellos, 7'70 A. y 17'30 paquetes; Villajoyosa: S., 22 A. y 7'50 F.; Quesada: S., 12'85; Ubeda: R., 30 A.; Valencia: R., 27'50 A.; Granollers: S. U., 40; Vinebre: Salomé, 3 almanaque y 4 suscripción; Puiggreig: V., 27'50 A.; Puertollano: G., 27'50 A.; Valencia: P., 51'25; Blanes: S. U., 11'30; Dos Hermanas: V., 19'80 A.; C. de la Sierra: L., 5'50; Utrera: D., 22 A., Valencia: Ramos, 11'50 que distribuimos; Figols: R., 42'65 por A. y F.; Figols: M. P., 10; Relnosa, 3'30 F.; Benisján: N., 22 A.; Cenicero: S. U., 10'50 A.; Paterna de la Ribera: P. C., 5; Yodar: López, 2 por suscripción; Riotinto: P., 11'30 A.; Ubeda: P., 7 A. y 10 p.; V. del Arzobispo: M., 11 A.; Calvario Lavados, 4'50 F.; Pineil de Bray: S. U. 66 A. Tarrasa: T., 40 A. y 75 paquetes.—Total por paquetes y suscripciones, 1.062'60.—Venta en Barcelona, 101'20.—Total entradas, pesetas 1.163'80.

Salidas: Déficit anterior, 684; impresión número 43, 875; franqueo, 70; administración, 60; expedición y cierre, 20.—Total salidas, 1.709'40.

RESUMEN

| | |
|---|---|
| Salidas ... ... ... ... ... ... ... ... | 1.709'40 |
| Entradas... ... ... ... ... ... ... ... | 1.062'60 |
| Déficit ... ... ... ... ... ... ... ... | 646'80 |

P. D.—Sería conveniente para la buena marcha administrativa que siempre que se envíen cantidades que no sean para pago de paquetes, enviaran carta o una simple postal especificando el destino de dichas cantidades.

Hemos servido todos los pedidos que se nos tenían hechos de Alegorías.